

que dirigió sobre los medios de reunir los católicos á los protestantes; habría querido que por preliminar se empezase por considerar á este concilio como no celebrado. Bossuet refutó esta memoria con la energía natural de su raciocinio; establece desde luego los principales fundamentos de la creencia católica en orden á la infalibilidad de la Iglesia en materia de fe; hace ver que esta anuncia su fe por el órgano de sus obispos, y que su consentimiento unánime en la doctrina no tiene menos autoridad cuando están dispersos, que cuando están reunidos. Prueba que este consentimiento de los obispos es unánime en toda la Iglesia católica, respecto á la eucumenidad del concilio de Trento, y respecto también á la autoridad infalible de sus decisiones en materia de fe; y que no hubo dudas jamás sobre este punto en Francia ni en otras partes. Deduciendo que poner en cuestión si se recibirá ó no este concilio, es querer deliberar para saber si uno será católico, ó si será hereje. Véase el *Espiritu de Leibnitz*, t. 2, p. 63 y sig.

Después de estas verdades incontestables, importa poco saber el modo con que el concilio de Trento se recibió en los otros países católicos. Nuestros adversarios confiesan que en Italia, Alemania y en la Polonia, le recibieron sin reserva; que en los estados del rey de España se recibió sin perjuicio de los derechos y prerrogativas de este monarca: ahora bien, uno de los derechos del rey católico no es ciertamente el de rechazar las decisiones de fe de un concilio general. Se sabe que el clero de Hungría tiene los mismos principios, y sigue las mismas máximas que el clero de Francia; no es, pues, maravilloso guarde la misma conducta. Resulta de todo esto que ningún concilio general fue recibido mas auténticamente y con mas solemnidad en punto á la doctrina, en toda la Iglesia católica, que el concilio de Trento; los protestantes no opusieron objeción ninguna que no pudiese dirigirse igualmente contra los otros concilios. Cuando en 1649 los arminianos las alegaron contra el sínodo de Dortrecht que les había condenado, los calvinistas no se cuidaron de esto, trataron á estos sectarios como rebeldes. V. ARMINIANISMO.

Tres Capítulos. V. NESTORIANISMO.

Tribu. Familia. Los israelitas formaron entre sí doce tribus según el número de los hijos de Jacob; mas este patriarca había adoptado al morir los dos hijos de José, Efraim y Manases; y así hubo trece jefes de tribus, á saber, Rubén, Simeón, Levi, Judá, Issacar, Zabulon, Dan, Neftalí, Gad,

Aser, Benjamin, Efraim y Manases. Sin embargo, la Palestina ó tierra de promisión no se repartió mas que entre doce tribus; la de Levi no tuvo parte en la herencia, porque estaba consagrada al servicio religioso. Pero Moisés había provisto á su subsistencia, asignando á las diferentes familias de Levitas su morada en las ciudades de las otras doce tribus, con una pequeña extensión de terreno, y les retribuían con el diezmo de los frutos, las primicias y las oblationes del pueblo. Jacob en el lecho de la muerte había anunciado á esta tribu que sería dispersada en Israel. *Gen.*, XLIX, 7. Su suerte no era capaz de excitar la envidia de las otras. V. LEVITA.

Después de la muerte de Saul, su primer rey, diez tribus permanecieron unidas á Isoboth, su hijo. David, su sucesor, no reinó al principio mas que en las dos tribus de Judá y de Benjamin; pero después de la muerte de Isoboth, todas se sometieron á la obediencia de David. Cuanto puede juzgarse de ellas por conjeturas, el origen de esta primera separación fué la envidia de otras tribus contra la de Judá, que era la mas numerosa y á la que el cetro de la majestad se había prometido por el testamento de Jacob. *Ibid.* Retardaron tanto cuanto pudieron la ejecución de esta promesa. Este fué el germen del cisma que se formó entre ellas en el reinado de Roboam, hijo de Salomon: diez tribus se rebelaron, se dieron un rey particular, y fueron llamadas el reino de Israel, cuya capital era Samaria; las dos únicas tribus de Judá y de Benjamin vivieron fieles á Roboam y á sus sucesores; se denominaron reino de Judá, cuya capital era Jerusalem. Hubo discusiones y guerras casi continuas entre los soberanos de estos reinos; casi todos los reyes de Israel cayeron en la idolatría y arrastraron consigo á sus súbditos; los de Judá retuvieron ordinariamente á los suyos en la observancia de la ley del Señor. Esta division continuó hasta la cautividad de Babilonia.

Nos parece que á no mirar mas que el interés político, la distribución de toda la nación en diferentes tribus, cuyas posesiones estaban separadas y no formaban entre sí ninguna alianza debía producir muy buenos efectos. Aficionaba cada tribu al terreno que le tocó en la particion, y ponía á cada jefe de familia en la necesidad de hacer valer su porcion y de conservar tambien la herencia de sus padres. Evitaba el engrandecimiento de familias ambiciosas y por consecuencia las usurpaciones que pudieran hacer, y asimismo mantenía la igualdad entre todos los miembros del estado; no podía resultar el

mismo inconveniente que causó entre los indios la distincion de castas ó de tribus; la separacion de estas se fundó en falsas ideas y en una creencia absurda, produjo el odio y el desprecio; la aversion de las castas superiores á las inferiores; la distincion de los judios en diferentes familias todas iguales, les recordaba que todos eran de la sangre de Jacob, y que estaban obligados á mirarse como hermanos. V. JUDIOS.

Trinidad. El misterio de la Santísima Trinidad es el mismo Dios subsistente en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, realmente distinto uno de otro, y que poseen los tres la misma naturaleza divina, numérica é individual.

No hay en ella mas que un solo Dios; esta verdad es el fundamento de la fe cristiana; pero esta misma fe nos enseña que la unidad de Dios es fecunda, que la naturaleza divina sin dejar de ser una se comunica por el Padre al Hijo, por el Padre y el Hijo al Espíritu Santo, sin ninguna division ó disminucion de sus atributos ó perfecciones. Así la palabra Trinidad significa la unidad de las tres personas divinas en cuanto á la naturaleza, y su distincion real en cuanto á la personalidad.

Este misterio es incomprendible sin duda, pero está expresamente revelado en la Escritura Santa y en la tradición.

Debemos, pues, presentar primero sus pruebas; segundo, ver lo que los herejes oponen contra él; tercero, justificar el lenguaje de los PP. de la Iglesia y de los teólogos. En el artículo siguiente examinamos si este misterio está sacado de la filosofía de Platon.

§ 1.^o *Pruebas del dogma de la Santísima Trinidad.* 1.^o *Mat.*, xxvii, 19, Jesucristo dice á sus apóstoles: «Id á enseñar á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» El pensamiento de nuestro Salvador no fué ciertamente jamás hacer bautizar á los fieles en otro nombre que en el de Dios, y consagrarnos á otros seres que á Dios: hé aquí sin embargo tres personas en nombre de las que quiere que se confiera el bautismo; es necesario, pues, que cada una de las tres sea verdaderamente Dios, sin que se siga de esto que hay tres Dioses, por consiguiente que la naturaleza ó la esencia divina sea comun á todas las tres sin ninguna division. Tambien observan los PP. de la Iglesia y los teólogos que Jesucristo dijo, en el nombre, sin servirse del plural, para significar la unidad de la naturaleza divina, que añade,

del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, repitiendo la conjuncion copulativa, para hacer conocer la igualdad perfecta de estas tres personas distintas.

No hay aqui, pues, tres denominaciones solamente, tres maneras de considerar una sola y misma persona, tres atributos relativos á sus diferentes operaciones, como lo pretenden algunos socinianos: (Qué significaría el bautismo dado en nombre de tres atributos ó de tres operaciones de la divinidad? Se dice, en otra parte, que se confiere el bautismo en nombre de Jesucristo; es necesario, pues, que este divino Salvador sea una de las tres personas que designa y que las otras dos sean seres subsistentes tan realmente como él. V. PERSONA.)

Se nos objeta que el nombre de persona no se da en la Escritura ni al Hijo ni al Espíritu Santo. Pero tampoco se atribuyó al Padre y ningún hereje, sin embargo, negó que Dios Padre sea, una persona, un ser subsistente é inteligente. Además, cuando S. Pablo, *Filipp.*, ii, 6, dice de Jesucristo, *qui cum in forma Dei esset*, etc., sostenemos que debe traducirse, *quien siendo una persona divina*, pues esto no puede significar que tenía la figura, el exterior, las apariencias de la divinidad. Y cuando el mismo apóstol dice, *II. Cor.*, ii, 10: «Si he concedido alguna cosa, lo he hecho en la persona de Jesucristo,» esto significa evidentemente lo he hecho de su parte, por su autoridad, como representándole y compando su lugar. Estas no son simples denominaciones.

2.^o *Lemos en S. Juan Epist. I, v. 7:* «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una sola cosa, *unum*»; y en el v. 8, tres son los que dan testimonio en la tierra, el espíritu, la sangre, y el agua, y estos tres son una misma cosa. «*El espíritu, el agua y la sangre* son los dones milagrosos del Espíritu Santo, el bautismo y el martirio. Si los tres testigos del v. 7, fuesen de la misma especie, no darían testimonio en el cielo, sino en la tierra, como los del v. 8. En el tiempo que el apóstol hablaba, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo estaban ciertamente en el cielo.

Sabemos que la autenticidad del v. 7, es disputada, no solamente por los socinianos, sino tambien por sabios católicos. No se halla dicho, en un gran número de antiguos manuscritos, fue añadido en los otros por copistas temerarios. Pero tambien hay manuscritos no menos antiguos en los que se halla. Se concibe fácilmente que la semejanza

de las primeras y de las últimas palabras del v. 7.º á las del v. 8.º pudo dar lugar á copistas poco atentos á saltar el séptimo; ¿pero quien hubiera sido el escritor tan osado para añadir al texto de S. Juan un versículo que no estaba en él? Una prueba de que la diferencia de manuscritos proviene de una omisión involuntaria y no de una infidelidad premeditada es que en muchos; de 7, señalado al margen de mano del copiante. En segundo lugar el apóstol hace ya mención en el v. 6, del agua, la sangre y el espíritu que dan testimonio de Jesucristo; es probable que haya repetido lo mismo en el v. 8, sin ningún intermedio? El orden y la claridad del discurso exigen que el v. 7, se coloque entre los dos. Finalmente los que sostienen que el v. 7, es añadido, están en la precisión de sostener que también lo fueron al texto del v. 8 las palabras sobre la tierra, porque son relativas á las del versículo precedente, en el cual: es llevar muy lejos la temeridad de las conjeturas.

Lo que hay de cierto es que en el siglo tercero cerca de cien años antes del concilio de Nicea, Tertuliano y S. Cipriano citaron estas palabras del versículo 7, *estis tres son uno*, el primero, *lib. 6. ad. Prax.*, p. 2; el segundo, *lib. de instrati ecclesie*, p. 496. No tenemos manuscritos que daten de tan lejos. También los mas hábiles críticos católicos y protestantes sostienen la autenticidad de este pasaje. Calmet los ha citado en una disertación sobre esta materia, *Biblia de Avinion*, t. 16, p. 462.

Se nos pregunta por qué no se alegó por los PP. del cuarto siglo, en sus disputas con los arrianos y en sus tratados *Sobre la Trinidad*. 1.º S. Hilario responde por nosotros que la fe de los cristianos estaba suficientemente fundada en la forma del bautismo, *l. 2. de Trinit.*; 2.º, Añade que no debe representarse una omisión cuando hay abundancia para elegir, *lib. 6. n. 41*. 2.º Contra los arrianos no se trataba de probar la divinidad de las tres personas, sino solamente la del Hijo. 3.º Estos herejes sofistas tan porfiados como los de hoy, comparando el v. 7 con el 8, hubieran concluido que las tres divinas personas solo tenían entre sí unidad de testimonio, como el espíritu, la sangre y el agua. Muchos de los PP. pudieron haber tenido ejemplares en que el v. 7 estuviese omitido; pero al fin, ¿estamos obligados á dar la razón de todo lo que dijeron ó no dijeron los PP.? No hay cuestión de crítica mejor prueba que la necesidad de atenernos á la tradición, ó á la enseñanza común de la iglesia respecto al número, autenticidad é

integridad de los libros de la Escritura Santa y de todas sus partes.

3.º El dogma de la *Santísima Trinidad* se funda en todos los pasajes que hemos citado para probar la divinidad del *Hijo de Dios* y la del *Espíritu Santo*. Véanse estas dos palabras. S. Pablo, *II. Cor.*, xii, 13, saluda así á los fieles: « que la gracia de nuestro señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros. » S. Pedro, *Epist.*, I, i, v. 4, habla á los que son elegidos, « según la prescencia de Dios Padre, para ser santificados por el Espíritu, para obedecerle y ser lavados con la sangre de Jesucristo. » Hé aquí operaciones que no pueden atribuirse mas que á personas ó seres subsistentes.

Las explicaciones violentas que los socinianos dan á todos estos pasajes, las sutilezas por las que varían su sentido, demuestran, que están en el error; jamás interpretaciones tan extraordinarias pudieron ocurrirse á los primeros fieles. Si los apóstoles hubiesen hablado el lenguaje de estos herejes tenderian á sus prosélitos un lazo inevitable de errores. Sin embargo, si haya una cuestión esencial al cristianismo es saber si hay un solo Dios, ó si hay tres dioses. ¿Cómo puede sostenerse por un lado que la sagrada Escritura es muy clara é inteligible en todos los artículos fundamentales ó necesarios para salvarse, y por otro atribuir un estilo tan enigmático á los escritores sagrados?

4.º La práctica constante de la Iglesia cristiana, desde los apóstoles hasta nosotros, prueba la verdad de su creencia tan evidentemente como la Escritura Santa. Es cierto que en los tres primeros siglos, contando desde los apóstoles, el culto de patria, el culto supremo, la adoración tomada rigurosamente, se tributó á las tres personas de la santísima *Trinidad*, y á cada una en particular; se creyó, pues, que cada una es verdaderamente Dios. Podríamos probarlo por los testimonios de S. Justino, de S. Ireneo, de Atenágoras, de S. Teófilo de Antioquia, que todos vivieron en el segundo siglo; pero nuestros adversarios preferirán á ellos quizá el de nuestros enemigos. Es, pues, constante que Praxeas y Sabelio acusaron á los ortodoxos de triteísmo con motivo de esta adoración *Tertuliano ad Prax.* c. 2.3. é 13. El autor del diálogo titulado *Philopatris*, que escribió en el reinado de Trajano, al principio del siglo, vuelve á los cristianos en ridículo por motivo de este mismo culto. « Júpiter, dice, por el Dios del cielo, eterno y soberano Señor, por el Hijo del Padre, por el Espíritu que procede

del Padre, uno en tres y tres en uno; es el verdadero Júpiter y el verdadero Dios. » Era necesario, pues, que la creencia de los cristianos estuviese ya muy conocida para que un pagano pudiera expresarla así.

Esta fe se atenuaba además por la forma del bautismo; el canon 50 de los apóstoles manda se administre por tres inmersiones, y con las palabras de Jesucristo; esto era según los PP., una tradición de los apóstoles; y un rito establecido para manifestar la distinción de las tres personas divinas. Véanse las notas de *Beteridge* sobre este canon. Posteriormente se añadió la doxología, el *trisaigio*, el *Kyrie* repetido tres veces en honor de cada persona, etc., para inculcar siempre la misma verdad.

5.º Una prueba no menos palpable de la verdad del dogma católico en lo relativo á este misterio, es el caos de errores en que se sumergieron los socinianos desde que lo tocaron: errores que son las consecuencias uno de otro. Desde aquel momento se vieron obligados á negar la encarnación del Verbo y la divinidad de Jesucristo, la redención del mundo en el sentido propio, los méritos infinitos de aquel divino Salvador; la satisfacción que dió á la Justicia divina por los pecados de todos los hombres; muchos enseñaron que no se le debe tributar el culto supremo ó la adoración propiamente dicha. Fue necesario negar el pecado original, ó al menos su comunicación á todos los hijos de Adán; la necesidad que tenían de una redención y de una gracia santificante para ser restablecidos en la justicia; la validez del bautismo de los niños; la eficacia de los sacramentos; la necesidad de un auxilio sobrenatural para hacer obras meritorias, etc. Añadiendo á todos estos errores los de los protestantes, los socinianos redujeron su cristianismo á un puro deísmo, y muchos avanzaban aun mas. Véase SOCINIANISMO.

En vista de este progreso de impiedad, que se previó por los teólogos, los incrédulos tienen aun la ocurrencia singular de preguntarnos: ¿para qué sirve el dogma inteligible é incomprensible de la *Trinidad*? Sirve para conservar íntegro el cristianismo tal como Jesucristo y los apóstoles lo predicaron, y para evitar la cadena de errores que acabamos de exponer; para someter á la palabra de Dios nuestra razón y nuestra inteligencia, homenaje el mas profundo y mas puro que una criatura pueda rendir á su soberano Señor; para inspirarnos el reconocimiento, el amor, la confianza en Dios, cuya esencia está, por decirlo así, apropiada á

nuestra salvación eterna. Sirve finalmente para hacernos comprender que nuestra religión no es la obra de los hombres, supuesto que la idea que nos da de la Divinidad jamás pudo ocurrir naturalmente al entendimiento; ninguno entre ellos era capaz de formar un sistema de creencia tan bien ligado, que no se pudiese negar un solo artículo, sin destruir todos los demás, á menos que quisiera contradecirse. Está demostrado que si el sistema de los socinianos fuese verdadero, el cristianismo tal como lo profesamos, sería una religión mas falsa y mas absurda que el mahometismo; que á juzgar de ella por el éxito, la venida de Jesucristo al mundo hubiera producido en él mas daño que provecho. Véase á *ARABIE*, tratado de la *divinidad de Jesucristo*.

§II. *Objeciones de los Heterodoxos*. Se nos pregunta si es conforme á la razón y sano juicio creer lo que no concebimos; respondemos que sería necesario carecer de razón y sano juicio para dejar de creer. Imítamos la conducta de un niño, que instruido por su padre, cree en sus lecciones, aunque no las comprenda, porque confía en los conocimientos, en la rectitud y en la ternura de su padre; la de un ciego de nacimiento que cree lo que se le dice en cuanto á la luz y los colores, aunque no los concibe, porque conoce que los que tienen ojos no tienen interés alguno en engañarle, y que todos no pueden confabularse para suponerlo; la de un viajero que obligado á caminar por un país desconocido, toma un guía y se fia de él, persuadido de la experiencia de este hombre y de su probidad, etc. ¿Obramos mal en creer en la palabra de Dios, mientras que á todas horas nos vemos obligados á dar crédito á la de los hombres? Debe esperarse que si los incrédulos llegan á lanzar del universo la fe divina, al menos no destruirán la humana.

Es horroroso que los protestantes hayan abierto la puerta al socinianismo, cuyos principios conducen á tan fatales consecuencias. Se sabe que Lutero y Calvino hablaron de la *Trinidad* de una manera poco respetuosa, y desgraciadamente sus secuaces usan con frecuencia poco mas ó menos del mismo lenguaje.

Dicen que la palabra *Trinidad* no consta en la Escritura Santa, que Teófilo de Antioquia es el primero que se sirvió de ella, que la Iglesia cristiana le es deudora de esta invención; que el uso de esta palabra y de otras muchas ignoradas de los escritores sagrados, y á las que los hombres no unen idea alguna, ó solamente falsas, perjudicó á la ca-

ridad y á la paz, sin hacerles mas sabios, y ocasionó herejías muy perniciosas.

Este último hecho es absolutamente falso. S. Teófilo no vivió hasta fines del II siglo; desde el I y en tiempo de los apóstolos, Simon Magó, Cerinto, los gnósticos, dogmatizaron contra el misterio de la *Trinidad*, contra la Encarnación, contra la divinidad de Jesucristo: S. Juan los refutó en sus cartas y en su Evangelio; estos misterios no se adecuaban á los *conos* de los valentinianos, ni á sus genealogías de que habló S. Pablo. *V.* Al principio del II los chionitas, los carpocracianos, los basilidianos, los menandrianos, las diferentes ramas de gnósticos no creían tampoco en la *Trinidad* ni en la Encarnación como sus predecesores: S. Ignacio que murió el año 107, los ataca en sus *cartas*; su sistema forjado en la escuela de Alejandría era incompatible con todos nuestros misterios. Las disputas y herejías comenzaron pues, mucho tiempo antes de la invención del término *Trinidad*; las de Praxecas, de Noeto, de Sabelio, de Pablo Samosatenó, de Arrio, etc., que abortaron posteriormente, no fueron mas que una propagación de las primeras. Además ¿qué hizo san Teófilo sino expresar con una sola palabra lo que dijo S. Juan en el célebre texto, cuya autenticidad hemos probado? No es, pues, esta palabra la que ocasionó las disputas y turbó la paz; es lo esencial y la sustancia misma del misterio, lo que los *pensadores* obstinados jamás pudieron resolverse á creer; no conviene á los que encendieron el fuego gritar contra el incendio.

Otros dicen que en los tres primeros siglos nada se prescribió á la fe de los cristianos sobre este misterio, al menos sobre la manera con que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se distinguen entre sí, ni se fijaron las palabras que debían usarse; y que los doctores cristianos tenían diferentes opiniones sobre esta materia. Mosheim, *Hist. ecclcs., siglo IV, parte 2ª, c. 3, p. 9, Hist. Christ., sec. 3ª, p. 31.*

Nueva prueba de temeridad: desde el tiempo de los apóstolos la fe de los cristianos estaba prescrita por las palabras de Jesucristo, que constituyen la forma del bautismo como S. Hilario lo hizo notar; al nombrar el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, todo fiel sabía que uno no es el otro, que cada uno de los tres es Dios, que sin embargo, no son tres dioses; no sabemos mas hoy día. En el momento que los razonadores quisieron entenderlo de otro modo, fueron considerados como herejes. Todos los docto-

res cristianos tenían, pues, la misma opinión, aunque sus expresiones eran diferentes; el mismo Mosheim notó que entre los antiguos PP. las palabras *sustancia, naturaleza, forma, cosa, persona*, tienen la misma significación. *Dis. sobre la historia eclesiástica, t. 2, p. 333, 334.* No sucede lo mismo hoy porque los equívocos y los sofismas de los herejes obligaron á los PP. á distinguirlas entre sí. Es, pues, injusto juzgar de los herejes obligaron á los PP. á distinguirlas entre sí. Es, pues, injusto juzgar de los herejes por las palabras que no son conformes al lenguaje actual de la teología.

Mosheim cometió una falta mas grave diciendo que los cristianos de Egipto pensaban como Origenes, á saber: que el Hijo era con respecto á Dios lo que la razón es en el hombre, y que el Espíritu Santo no era mas que la fuerza activa ó la energía divina. ¿Hubiera sido necesario citar el texto en el que Origenes se expresó así. Los editores de sus obras hicieron ver que sostuvo que las tres personas son tres seres subsistentes realmente distintos, y no tres denominaciones. *Origenian., c. 2, cuest. 1ª, n. 4, 2ª.* Es falso que los cristianos de Egipto hayan estado en la opinión que este crítico les supone, de lo que no dió prueba alguna. Al refutar la opinión falsa de un autor moderno, admite en Dios una sola *sustancia absoluta* y tres *sustancias relativas*; no es así como hablan ordinariamente los ortodoxos; ¿hubiera permitido que su adversario le tachase de herejía? se han cometido una infinidad de otras injusticias con respecto á Origenes.

Beausobre en su *Hist. del Maní, t. 3, c. 8, § 2*, dice que los PP. para refutar á los arrianos que acusaban á los católicos de admitir tres dioses sostuvieron, 1º que la naturaleza divina es una en las tres personas, como la naturaleza humana es una en tres hombres, lo cual no es mas que una unidad por abstracción, una unidad de especie ó de semejanza, y no una verdadera unidad; 2º que esta unidad es sin embargo, perfecta, porque solamente el Padre carece de principio, en vez que los otros dos traen su origen del Padre, y reciben de él la comunicación de todos los atributos de la naturaleza divina. Cita en prueba de este hecho á Petavio, *de Trinit., t. 4, c. 9, 10 y 12*, y á Cudworth, *Sist. intel. t. 4, § 36, p. 396.*

Si estos críticos protestantes hubieran procedido de buena fe, hubieran confesado lo que Petavio probó, *ibid., c. 14* y siguientes, á saber, 1º que los mismos PP. que nombraron se explicaron después mas correctamente; que admitieron en la naturaleza divina la unidad numérica, la *singularidad* y la per-

fecta simplicidad; 2º que dieron de esta unidad otras dos razones esenciales, á saber, la *singularidad* de acción y la *circuminsección*, ó la existencia íntima de las tres personas una en la otra, según estas palabras de Jesucristo: «Hago las obras de mi Padre; mi Padre está en mí y yo en él.» *Joan., x, 37 y 38.* Como los puros arrianos sostenían que el Hijo de Dios es una criatura, no confesaban que participaba de todos los atributos de la divinidad, principalmente de la eternidad del Padre. Era necesario, pues, establecer contra ellos, que el Hijo y el Espíritu Santo participan también realmente de todos los atributos de la naturaleza divina, como los tres hombres participan de todos los atributos de la naturaleza humana, por cuyo raciocinio principiaban los PP.; pero esto, por decirlo así, no es mas que el primer grado de la unidad; el segundo es la unidad de origen de la segunda y de la tercera persona; el tercero es la unidad de acción entre las tres; el cuarto es la existencia íntima ó la *circuminsección*. No debe, pues, cortarse la cadena del discurso de los PP. para tener la satisfacción de acusarlos de error. En la palabra *Evangelio* probamos ya la falsedad de otras afirmaciones que Beausobre dirigió á los PP. sobre esta misma materia.

Muchos censores trataron de sostener que los PP. al querer explicar este misterio emplearon comparaciones que, entendidas literalmente enseñan verdaderos errores. Pero estos santos doctores procuraron advertir que ninguna comparación sacada de las cosas criadas podía corresponder á la sublimidad de este misterio, ni dar una idea clara de él; es, pues, ir contra su intención querer entenderlas literalmente. Mosheim citó con este motivo á S. Hilario, á S. Agustín, á S. Cirilo de Alejandría, á S. Juan Damasceno, á Cosme Indecipleutes; y se podrían añadir otros; *Notas sobre Cudworth, p. 920.* En esto los PP. no hicieron mas que imitar á los apóstolos. S. Juan comparó á Dios Hijo, á la palabra y á la luz; S. Pablo dice que es el esplendor de la gloria y la imagen de la sustancia del Padre, etc. Estas comparaciones no pueden ciertamente darnos una idea clara de la naturaleza del Hijo de Dios.

Otros, en fin, se escandalizaron de lo que dijo san Agustín; *De Trinit., t. 5, c. 9*: «Decimos una *esencia* y tres *Personas*, como muchos autores latinos muy respetables se han expresado, no encontrando manera mas propia para significar con palabras lo que entendían sin hablar. En efecto, como el Padre

no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo que se llama también un Don de Dios, no es ni el Padre, ni el Hijo, son tres sin duda. Y por esta razón, dijo en plural: *Mi Padre y Yo somos una misma cosa.* Pero cuando se pregunta: ¿quién es con estos tres? el lenguaje humano es muy escaso para responder. Se dice sin embargo, *tres personas*, no para decir alguna cosa, sino para no estar mudo.» De aquí concluyeron los incrédulos que, según S. Agustín, todo lo que se dice de la *Trinidad* nada significa.

No significa nada claro, lo confesamos; mas expresa algo misterioso, como las palabras *luz, color, espejo, perspectiva*, etc., en boca de un niño de nacimiento; quien no puede ser reprendido porque las use. Si al hablar de la *Santísima Trinidad* se quiere concebirla naturaleza y la personalidad como se concibe una naturaleza y una persona humana, se concluiría como los incrédulos, que una sola naturaleza numérica en tres personas distintas es una contradicción. Pero se discurriría tan mal como un niño de nacimiento que al compararse con un niño de la vista con la del tacto, sostuviere que una superficie plana como la de un espejo y una perspectiva no puede producir una sensación de profundidad. V. MISERIO.

De todos los artículos de nuestra fe, ninguno fué atacado tan prontamente, con tanta obstinación, y por tan gran número de sectarios como la *Trinidad*; ya lo hemos observado. Las diferentes maneras con que lo entendieron, el abuso que hicieron de todos los términos de la Escritura y del lenguaje ordinario, los sofismas que acumularon, obligaron á los teólogos antiguos y modernos á dar explicaciones, á fijar el sentido de todas las palabras, y á determinar las expresiones que no deben omitirse. El mismo Beausobre, por injusto que sea respecto de los PP., confiesa que no pudieron dispensarse de explicar en qué sentido Jesucristo es *Hijo de Dios*. *Hist. del Maní, t. 3, c. 6, § 4.*

Sin embargo, los unitarios y sus secuaces no cesan de preguntar, ¿por qué queremos explicar lo que es inexplicable, forjar nuevas palabras que no nos dan ni una idea clara, y que no sirven mas que para multiplicar las disputas? ¿por qué no sujetarse á las palabras simples y precisas de la Escritura Santa? porque los herejes no cesaron de abusar de ellas, y aun abusaron hoy; porque á la sombra de las expresiones de la Escritura, encuentran el medio de creer y enseñar todo lo que les agrada. Sería muy singular que tuviesen el privilegio de explicar la Escritura

Santa á su manera, y que la Iglesia católica no tuviese el derecho de oponerse á sus explicaciones, y dar otras mas ortodoxas. Veamos, pues, si las de los teólogos católicos son menos sólidas que las suyas, y si se fundan mejor en la Escritura Santa.

§ III. *Apologías del lenguaje de los PP. de la Iglesia y de los teólogos.* Decimos: 1.º que no hay en Dios mas que una sola naturaleza, una sola esencia eterna, existente por sí misma, infinita, etc., pues la Escritura nos enseña como una verdad capital, que no hay mas que un Dios. Fué necesario expresarse así contra los paganos, contra los marcionitas y maniqueos, contra los triteístas, contra todos los que han imputado á los católicos la adoracion de tres dioses. Se ha sostenido contra ellos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres dioses, porque tienen una sola y misma naturaleza ó esencia numérica, y poseen los tres, sin ninguna division, todos los atributos esenciales de la divinidad.

2.º Llamamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo tres personas, es decir, tres seres individuales que subsisten realmente en sí mismos, lo cual era necesario para refutar á los que pretendieron en otro tiempo, y pretenden ahora, que el Hijo y el Espíritu Santo no son mas que nombres, operaciones, maneras de considerar la Divinidad: explicaciones falsas de la Escritura, á las que fué necesario oponer otras mas verdaderas. Entre los autores profanos, persona significa muchas veces aspecto, figura, apariencia, exterior; pero ya hicimos ver que S. Pablo le dió un sentido enteramente diverso, y que los PP. y teólogos se vieron obligados á adoptarlo.

V. PERSONA.

3.º Dicen que el Hijo trae su origen del Padre por generacion, término consagrado en la Escritura, *Act.*, viii, 33, y en todos los textos donde el Hijo de Dios es llamado *Unigenitus*, solo engendrado. Añaden que esta generacion ó nacimiento no es una creacion, porque si el Hijo fuese una criatura, no sería Dios; que no es tampoco una emanacion en el sentido que lo entendian los filósofos; cuando decian que los espíritus naen del Padre de todas las cosas, suponian que esta produccion era un acto libre de la voluntad del Padre, en lugar de que Dios Padre engendró á su Hijo por un acto necesario del entendimiento divino; por este motivo el Hijo es coeterno al Padre. Además, los filósofos concebían la emanacion de los espíritus como una separacion ó division de la naturaleza divina: es, pues, evidente que Dios

siendo puro espíritu, su naturaleza, su esencia es indivisible. Luego si los PP. de la Iglesia para expresar la generacion del Hijo de Dios, se sirvieron de las palabras *emanacion, próbale ó prolation, production*, etc., no las interpretaron en el mismo sentido que los filósofos. Véase EMANACION.

Es preciso notar que muchos de los PP. anteriores al concilio de Nicea, atribuyeron á Jesucristo dos generaciones ó dos nacimientos, antes del que recibió de la Virgen María: el uno eterno, en virtud del cual se llama *Unigenitus*, solo engendrado, y por el cual permanece en el seno del Padre; el otro temporal que precedió á la creacion. Unido á una alma espiritual mucho mas perfecta que todos los demás espíritus, el Verbo salió de este modo en alguna manera del seno de su Padre, y le sirvió de ministro y como de instrumento para criar el mundo. Bajo esta forma san Pablo lo llama el *primogénito* de toda criatura.... « en el que y por el que se criaron todas las cosas visibles é invisibles. » *Coloss.*, i, 15 y 16. Los arrianos no admitían mas que este segundo nacimiento del Verbo, y negaban el primero; los socinianos obran aun del mismo modo, pero los PP. sostuvieron uno y otro. Aplicaban al segundo lo que S. Pablo dijo, que Dios « hizo los siglos por su Hijo, *Hebr.*, i, 2, y que los siglos fueron ordenados por el Verbo de Dios, » i, 3; en lugar de que por el primero, el Verbo es coeterno y consubstancial al Padre; mas pensaban que S. Juan habló de uno y otro cuando dijo, que « el Verbo existía en el principio, que estaba en Dios, y que era Dios, después que todas las cosas se hicieron por él, » *Joan.*, i, 1. Por no haber atendido á esta observacion el Padre Petavio y otros creyeron encontrar en los Padres anteriores al concilio Niceno, pasajes que no son ortodoxos. Véase á Bullus, *Dif. fidel. Nicene.*, section 3, c. 5, §. 2. En la palabra *Verbo*, demostraremos por qué antes del concilio Niceno, los Padres hablaron mucho de la segunda generacion del Verbo, y por qué los PP. posteriores á aquel concilio, insistieron principalmente en la primera.

4.º Los PP. y teólogos enseñan que el Espíritu Santo trae su origen del Padre y del Hijo, no por generacion, sino por *procesion*, otro término sacado de la Escritura Santa, *Joan.*, xv, 26. En las disputas contra los arrianos se trataba principalmente de la divinidad del Hijo de Dios, no se trató mucho del Espíritu Santo; pero cerca de sesenta años despues, Macedonio, patriarca de Constantinopla, habiendo tenido la temeridad de negar la divi-

nidad de esta tercera persona de la *Santisima Trinidad*, los PP. se vieron obligados á discutir todos los textos de la Escritura Santa concernientes á este dogma, y á refutar las objeciones de los macedonios. Bajo este supuesto aquellos personajes respetables no promovieron cuestion alguna por vana curiosidad, ó por deseo de disputar, sino por necesidad y segun la necesidad actual de la Iglesia. Véase MACEDONIOS.

5.º Para contentar á los razonadores, para desvanecer las sutilezas de su lógica, para evitar el abuso y confusion de términos, fué necesario establecer una diferencia entre la generacion del Verbo y la profesion del Espíritu Santo; se creyó poder hacerlo hasta cierto punto por una comparacion sacada de nosotros mismos. Se dijo que el Padre engendra á su Hijo por un acto del entendimiento, ó por medio del conocimiento; que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por amor del uno al otro, ó por un acto de voluntad; y aun se funda esto en la Escritura Santa. Dios conociéndose á sí mismo necesariamente y desde toda la eternidad, produjo un término de este conocimiento, un ser igual á sí mismo, subsistente é infinito como él, porque un acto necesario y coeterno á la Divinidad no puede ser un acto transitorio ni limitado. Tambien este objeto del conocimiento del Padre se llama en la Escritura su *Verbo*, su *Hijo*, su *sabiduria*, la *imagen de su sustancia*; los Libros santos le atribuyen las operaciones de la divinidad, le llaman *Dios*, etc. Todo esto caracteriza no solamente un acto del entendimiento divino, sino un Ser subsistente é inteligente.

El Padre ve á su Hijo y el Hijo mira á su Padre como su principio; se aman pues necesariamente: luego el amor es un acto de la voluntad, y debe tener un término tan real como el acto del entendimiento; este término es el Espíritu Santo que procede así del mutuo amor del Padre y del Hijo. Por este motivo la Escritura atribuye principalmente al Espíritu Santo las efusiones del amor divino; se dice que « el amor de Dios se difundió en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos confirió, » *Rom.*, v, 5. « Os conjuro por la caridad del Espíritu Santo, » xv, 30. « Mostrémosnos ministros de Dios en el Espíritu Santo en una caridad no fingida, » *II. Cor.*, vi, 6, etc.

De aqui nacieron los términos de *paternidad* y de *fitacion*, de *espiracion activa* y de *espiracion pasiva*, nocións y relaciones que caracterizan á las tres personas, y que las distinguen una de otra. De aqui procede este

principio teológico, que no hay distincion en las personas, cuando no hay en ellas oposicion de relacion; que así, todo lo que concierne á la esencia, á la naturaleza, á las perfecciones divinas, les es comun, y que participan de ellas igualmente las tres. Por consiguiente, aunque en la Escritura Santa el poder se atribuya principalmente al Padre, la sabiduria al Hijo, y la bondad al Espíritu Santo, no se sigue de esto que tales atributos no pertenezcan igualmente á las tres personas, pues no son atributos relativos. De aqui, en fin, se sigue este principio; que las obras de la Santísima Trinidad *ad extra* son comunes é indivisibles, que las tres personas concurren á ellas igualmente, y que no sucede lo mismo en las operaciones *ad intra*, porque son relativas.

Cuando entre estas personas distinguimos la primera, la segunda y la tercera, no significa esto que una es mas antigua ó mas perfecta que la otra, ni que una es superior á la otra, sino que de este modo conocimos su origen. Los antiguos PP. no entendieron nada mas cuando admitieron entre ellas una *subordinacion* y cuando dijeron que el Padre es mayor que el Hijo, ó superior al Hijo, como Bullus lo hizo ver, *sec. 4, cap. 1 y 2*, adoptaron tambien el lenguaje de S. Pablo, que dice, *I. Cor.*, xv, 28, que Dios Hijo se someterá á su Padre; *Philipp.*, ii, 8, que se hizo obediente, etc. Si el error se sigue que los PP. enseñaron de esto, es preciso acusar á san Pablo del mismo crimen.

La experiencia ha probado suficientemente el peligro de los equivocos, y la necesidad de usar la mayor precision en las palabras que sirven para expresar este misterio. En el IV y V siglo, se disputó mucho para saber si se debían admitir en Dios tres hipóstasis ó una sola; la razon de esta disputa fué que por *hipóstasis* unos entendían la sustancia, la naturaleza, la esencia; otros entendían la persona; no se consiguió la conformidad hasta que se convinieron en entender la palabra en este último sentido; entonces ya no se dudó en reconocer en la *Santisima Trinidad* una sola naturaleza y tres *hipóstasis*. Véase esta palabra.

6.º Finalmente, para expresar con una sola palabra lo que Jesucristo dijo, *Joan.*, x, 38: « Mi Padre está en mí y yo en él, » los PP. llamaron á esta union *peripetesis, circumin-sesion, y uniónis, existencia*, ó la existencia íntima de las tres personas; una de otra, apesar de su distincion. S. Juan expresó tambien lo mismo cuando dijo, i, 18: « El Hijo único, ó solo engendrado, que está en el seno del Pa-

dre, nos lo hizo conocer. » No dice que este hijo estuvo en el seno del Padre, sino que *está en él*, para enseñarnos que la sustancia del uno es inseparable de la del otro: esto es lo que el concilio de Nicea expresó por la palabra *consustancial*: los arrianos quisieron sustituirlas con la de *quasi*, que significa *consustancial*: es semejante en sustancia; es evidente que esta palabra no expresaba toda la energía de la Escritura; hé aquí por qué los PP. persistieron en conservar la de *quasi*, *consustancial*, porque expresa la unidad numérica de la sustancia del Padre y del Hijo, ó la identidad de la naturaleza. Véase CONSUSTANCIAL.

La palabra substituida por los arrianos expresaba evidentemente dos sustancias ó dos naturalezas; de aquí se seguía ó que hay dos dioses ó que el Hijo no es Dios: con razón, pues, los PP. la rechazaron. Bajo este supuesto, al decidir el concilio de Nicea la divinidad del Hijo, establecía precisamente la del Espíritu Santo, porque la razón es idéntica; que los macedonios no podían oponer a esta mas que las mismas objeciones alegadas por los arrianos contra la primera: también los PP. para refutar á Macedonio, recurrieron constantemente á la doctrina que el concilio de Nicea profesó contra Ario.

Le Clerc, sociniano disfrazado, objeta que todos los nuevos términos usados por los PP. para restablecer la creencia concuerdan á la *Trinidad*, son equívocos, que en sentido literal y comun expresan errores, y que queriendo proscribir las herejías, crearon otras. Según él, la palabra *persona* significa una sustancia que tiene una existencia propia é individual; por consiguiente admitir tres personas en Dios, es admitir en él tres existencias individuales ó tres Dioses. En lugar de corregir el error, se le confirma, diciendo que las tres personas son *iguales* entre sí; nada es igual á sí mismo; la identidad de naturaleza excluye toda comparación. El concilio de Nicea no habló mas correctamente decidiendo que el Hijo es *Dios de Dios*, y *consustancial al Padre*; estos términos nada significan, sino que son dos individuos de la misma especie. La *circuminsección* de las tres personas es otro enigma, como no se entiendan por esto su conciencia mutua. « Con respecto á nosotros, dice, reconocemos una sola esencia en la cual hay tres cosas distintas, sin poder decir en qué consiste esta distinción. » *Hist. eccl. Prolog., sec. 5, c. 1, § 11.*

Respuesta. Le Clerc debió al menos decir si estas tres cosas son tres seres reales ó abs-

tracciones metafísicas. Si hubiera procedido de buena fe, hubiera confesado que entendía solamente por esto, como los socinianos, tres denominaciones relativas á las operaciones de Dios. Justamente para evitar este error de Sabelio, se decidió que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres hipóstasis, tres seres realmente subsistentes, en una palabra, tres personas. Confesamos que al hablar de las criaturas inteligentes, *persona* significa una sustancia que tiene una existencia propia é individual, que así tres personas humanas son tres hombres. Pero esta palabra no tiene el mismo sentido cuando se trata de la *Santísima Trinidad*, enseñándonos la fe que las tres personas subsisten en *unidad ó en identidad de naturaleza*; con esta explicación se desvanecen absolutamente el equívoco de la palabra genérica *persona*, y tal es aun la noción de la *persona consustancial*; no hay por lo tanto lugar á error.

Queriendo corregir el lenguaje de la Iglesia, habló mejor Le Clerc? Dice que la *circuminsección* de las personas divinas no puede significar mas que su *conciencia mutua*; pero si es cierto que la *identidad de naturaleza*, excluye toda comparación, excluye también toda *relación mutua*, pues esta palabra significa necesariamente al menos dos personas. La *conciencia*, por otra parte, es un sentimiento personal, incommunicable de un individuo á otro; la *conciencia* no puede por lo tanto ser *mutua* entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, si no son tres personas, y si no subsisten en identidad de naturaleza. Este crítico lo supone groseramente, diciendo que por tres personas los antiguos entendían tres sustancias divinas iguales ó desiguales; Bullus demostró la falsedad de este hecho; la duda en que se estuvo de saber si debían admitirse en la *Trinidad* tres hipóstasis ó una sola, prueba tambien lo contrario: los antiguos no fueron jamás tan estúpidos para no ver que tres sustancias divinas serían tres Dioses; por esto fueron condenados los triteístas.

Confesamos tambien que disputando contra los herejes, siempre sofistas de mala fe, es imposible inventar términos, cuyo sentido no puedan pervertir. Mas, porque el lenguaje humano es necesariamente imperfecto ¿debemos abstenernos de hablar de Dios y de enseñar lo que se dignó revelarnos? Los sabelianos, los arrianos, los socinianos hicieron equívocos los nombres de *Padre*, de *Hijo* y de *Espíritu Santo*; no los empleaban mas que en un sentido abusivo; la palabra *Dios*

no estuvo á cubierto de sus atentados; sostienen que Jesucristo no es Dios en el mismo sentido que el Padre; nos dicen despues gravemente que sería preciso atenerse en esto á las palabras de la Escritura, porque se reservan el privilegio de entenderlas como les agrada. Lo que demuestra la necesidad de la autoridad de la Iglesia para fijar y consagrar el lenguaje que debe usarse para extirpar el verdadero sentido de las palabras de la Escritura.

Se nos dice que adoptando la palabra de *quasi*, y rechazando la de *quasi*, la Iglesia turbó el universo por una palabra, y aun por una letra mas ó menos. No es la palabra la que llamó la atención sino el dogma expresado por esta palabra decisiva ó mas bien, la tenacidad de los herejes obstinados en pervertir el dogma con términos equívocos, á cuya sombra estaban seguros de poder introducir sus errores. Volvemos á decir que los PP. de la Iglesia, y los teólogos jamás se dividieron en promover nuevas cuestiones, ni excitar nuevas disputas en lo relativo á las verdades reveladas; pero los herejes tuvieron este furor desde el tiempo de los apóstoles. Apenas murieron estos, cuando los razonadores armados de sutilezas filosóficas se dedicaron á pervertir el sentido de las Escrituras Santas. Los doctores de la Iglesia encargados por los mismos apóstoles de conservar sin alteración el depósito sagrado de la doctrina de Jesucristo, se vieron, pues, obligados á oponer explicaciones verdaderas á las interpretaciones falsas, expresiones claras y precisas, á los términos equívocos y falaces, discursos sólidos á los argumentos capciosos. Es necesario estar demente para atribuir á la Iglesia las disputas, los errores, los cismas, los fueros de los herejes, que no cesaron de deplorar y de combatir. Si en los siglos medios los teólogos escolásticos se ocuparon en cuestiones inútiles de pura curiosidad, no imitaron en esto la conducta de los PP. de la Iglesia, y no pensaron en querer erigir sus opiniones en dogmas de fe; no se hace ningún caso de sus teorías ni de sus disputas.

¿Pero cómo contentar á censores tan caprichosos como los que impugnamos? ¿unos vituperan á los PP. por haber querido explicar un misterio esencialmente inexplicable; otros repudian á los de los tres primeros siglos por limitarse á condenar los errores de los herejes, sin decidir lo que debía creerse en cuanto á Dios y Jesucristo, sin proscribir las fórmulas y las expresiones por

las que debía anunciarse el dogma de las tres Personas en Dios.

Por esto, dicen, los PP. dejaban á los razonadores la libertad de entenderlo como les agradaba, de forjar y de propagar sin cesar nuevas opiniones, Moshcim, *Hist. Christ., sez. 3, § 31.* Hé aquí, pues, á todos los PP. declarados culpables, unos por no haber previsto y refutado de antemano todas las locas quimeras de los herejes, otros por haberlas proscrito ó corregido cuando nacieron. Presumimos en efecto que si Dios hubiera concedido el espíritu profético á los doctores de la Iglesia, hubieran procurado evitar el mal antes de su nacimiento. Pero tampoco concedió este espíritu á los reformadores, cuyos oráculos produjeron mil sectas diferentes.

Hacia el año 520, se promovió una disputa para saber si esta proposición: una de las personas de la *Trinidad* padeció, *unus de Trinitate passus est*, era ortodoxa ó no. Los monjes de Scythia, según otros, de Egipto, sostenían esta proposición contra los nestorianos; como estos negaban que la persona de Jesucristo estaba unida sustancialmente á la divinidad, no querían confesar que Jesucristo era una de las personas de la *Trinidad*; otros pretendían que los teopasquitas ó patripasianos podían abusar de esta proposición para enseñar que la Divinidad padeció; por consiguiente los legados del papa á los que se dirigieron los monjes de Scythia, juzgaron que esta manera de hablar era una novedad peligrosa. Estos monjes fueron á Roma para consultar al mismo papa Hormisdas; pero instruido este por uno de sus legados y por otros que trababan á estos monjes de sediciosos y perturbadores; poco sumisos al concilio de Calcedonia; y fautores del eutiquianismo, aquel papa no les dió de decisión alguna y resolvió remitir esta cuestión al patriarca de Constantinopla. Esto no impidió al traductor de Moshcim afirmar que Hormisdas condenó la proposición de los monjes de Scythia, y confirmó la de sus adversarios. Como el papa Juan II y el quinto concilio general aprobaron la proposición de los monjes, este traductor añade que tal contradicción expuso las decisiones del oráculo papal á la risa de los sabios. *Hist. eccl., siglo 6, p. 2, c. 3, § 12.*

Pero es absolutamente falso que el papa Hormisdas condenase la proposición de los monjes; no quiso solamente examinar la cuestión, sino aun les manifestó disgusto, no por su doctrina, y si por su conducta efectivamente turbulenta y sediciosa. Véase

á Fleury, *Hist. Eccles.*, lib. 31, § 48 y 40. Estos hechos se prueban por las cartas de Hormisdas y por las de sus legados.

Al principio de nuestro siglo, desde el año 1719 hasta 1720, los disputas sobre la *Trinidad* se reprodujeron con mucho calor; véase á Mosheim, *Hist. Eccles.*, siglo 18, c. 27. Guillermo Wiston, profesor de matemáticas, sostuvo que el Hijo de Dios no comenzó á existir realmente sino algún tiempo antes de la creación del mundo; que el *Logos* ó la sabiduría divina tomó en él el lugar de alma racional; que el concilio de Nicea no atribuyó otra eternidad á Jesucristo; en fin, que la doctrina de Arrio era la de este divino Maestro, la de los apóstoles y de los primeros cristianos. Se concibe que no fué difícil refutar este sistema, y probar que el autor era fanático. Samuel Clarke mas tímido enseñó que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son estrictamente increados y eternos, que cada uno de los tres es Dios, que no son sin embargo tres dioses, porque hay entre ellos una *subordinación de naturaleza y de derivación*. La cuestión es saber si esta *subordinación* incluye una desigualdad de naturaleza y perfecciones; hay lugar á creer que el doctor Clarke no se explicó suficientemente sobre esto, pues el clero de Inglaterra reunido con este motivo, no juzgó su doctrina ortodoxa; no le pareció mas que un paliativo propio para introducir mas fácilmente el socinianismo.

Sin embargo, el traductor de Mosheim vituperó mucho esta conducta y la temeridad de los que se propusieron refutar á Clarke; pretende que es necesario limitar el lenguaje de la *Trinidad*, á la sencillez del lenguaje de la Escritura, en lugar de querer expresar este misterio en los términos impropios y ambiguos del lenguaje humano. ¿Pero las expresiones de la Escritura son pues un lenguaje humano? No hay otra cosa de la que se haya abusado mas. Si los herejes de todos los siglos se hubieran querido sujetar á ella, no se le hubiera añadido nada; los socinianos no se limitan á esto, pues pervierten este lenguaje sagrado con comentarios absurdos. La fe en el misterio de la *Trinidad* está tan debilitada en Inglaterra, que en 1720, una señora de aquella nación, por su testamento fundó ocho sermones anuales para conservarla; Mosheim, *ibid.* Esperamos que semejante fundación no será jamás necesaria en la Iglesia católica.

En 1729 un ministro de la Iglesia Walona en Holanda, enseñó que hay en el Hijo y en el Espíritu Santo dos naturalezas, una di-

vina é infinita, otra finita y dependiente, á la que el Padre dió existencia antes de la creación del mundo. El Hijo y el Espíritu Santo dice, considerados según su naturaleza divina, son iguales al Padre; pero considerados como cualidad de dos inteligencias limitadas, son bajo este concepto, inferiores al Padre y dependientes de él. Se lisonjeaba satisfacer con esta hipótesis á todas las dificultades. Se pretende que el doctor Tomas Burnet lo habia ya propuesto en Inglaterra en 1720. Mosheim lo refutó, *Dist. ad Hist. Eccles. pertinentes*, p. 498. Le opondrá primero que las palabras de Jesucristo, *Mat.*, xxviii, 19, en el nombre del Padre y del Hijo, etc.; no pueden designar una naturaleza infinita y dos finitas; que lo mismo sucede con los tres testigos de que habla S. Juan, *Epist.* 1.^a, c. 3, v. 7.^a Que el sistema en cuestión no puede conformarse con el misterio de la encarnación. 3.^o Cosa digna de notar! opondrá el silencio de la antigüedad, p. 364. Si este silencio prueba alguna cosa, sin duda el testimonio positivo de la antigüedad, que llamamos *tradición*, prueba aun mas. De este modo los protestantes que no cesan de declamar contra la *tradición*, se ven obligados á recurrir á ella para sostener los artículos mas esenciales de la fe cristiana. Digamos ahora que la Escritura está clara en todos los puntos necesarios á la salvación, que su verdadero sentido está al alcance de los mas ignorantes, y que no se necesita otra regla para saber lo que debemos creer. Nada demuestra mejor la falsedad de estas máximas fundamentales de la reforma, que este caos de disputas y de errores siempre renacientes, hace mil y cien años, en lo relativo al verdadero sentido de la forma del bautismo prescrita por Jesucristo, y por consiguiente sobre el misterio de la *santísima Trinidad*.

TRINIDAD PLATÓNICA. Un gran número de sabios, antiguos y modernos, están persuadidos de que los paganos en general, principalmente los filósofos, tuvieron alguna noción del misterio de la *santísima Trinidad*, y procuraron probarlo con un gran aparato de erudición. Si los creemos, pertenecían á esta clase Zoroastro y los magos de la Persia, los caldeos, los egipcios, que seguían la doctrina de Orfeo; entre los filósofos griegos, Pitágoras y Parménides, enseñaron este dogma, al menos de una manera oscura. Para explicar este fenómeno, se creyó que probablemente estos filósofos tomaron tal conocimiento de los escritos de Moisés, ó que fueron instruidos por algunos doctores judíos. Antes de crear esta

conjetura, hubiera sido oportuno mostrar en los escritos de Moisés algunos textos tan claros para dar á los paganos una idea cualquiera del misterio de la *Trinidad*, ó hacer ver que era un artículo de la creencia común de los antiguos judíos.

Pero según estos mismos críticos, nadie enseñó la *Trinidad* de las personas en Dios mas expresamente y de una manera mas distinta que Platon; si hubiese vivido mastarde se creeria que habia leído el Evangelio. Los filósofos de la escuela de Alejandria que fueron sus discípulos y sus comentaristas, explicaron perfectamente su doctrina; es muy conforme á la de la Escritura Santa, y á la de los Padres de los primeros siglos; Cudworth en su *Sistema intelectual*, c. 4, § 36, se dedicó á probarlo; fué tan temerario, que se atrevió á decir que estos platonícos se explicaron en cuanto á la *Trinidad* de una manera mas ortodoxa que los PP. del concilio de Nicea, *ibid.* p. 910.

Además los socinianos y muchos protestantes acusan á los PP. de haber sido muy adictos á la doctrina de Platon y de los platonícos, de servirse de ella torpemente para explicar lo que el Evangelio nos enseña en lo relativo á las tres personas divinas, y de haber desfigurado este misterio, queriendo penetrar lo que Dios no quiso enseñarnos; sus vanos esfuerzos, dicen, no condujeron mas que á producir errores y disputas interminables: la *Trinidad*, como se cree hoy en la Iglesia cristiana, es una invención de Platon y de sus discípulos, ciegamente adoptada por los PP. y destituida de todo fundamento en la Escritura Santa.

¿Conseguiremos desembrollar este caos de opiniones, y descubrir la verdad en medio de tantas preocupaciones?

1.^o No está probado que los paganos en general, ni los antiguos personajes, cuyas luces se encomiaban, tuviesen conocimiento alguno del misterio de la *santísima Trinidad*; algunas semejanzas entre lo que dijeron y entre lo que nos enseña la fe en esta materia, no bastan para establecer un hecho tan importante. Cuando se ha leído todo lo que reunieron Steuchus Lugubinus, de *Perenni philosophia* el sabio Luet, *Quest. anet.*, t. 2, c. 3, y otros está uno muy lejos de ser convencido. Mosheim, en sus *notas sobre el sistema intelectual* de Cudworth, c. 4, § 16, y siguientes, hizo ver detalladamente que los que creyeron encontrar una *Trinidad* en Zoroastro y entre los magos, en las poesías de Orfeo, en la doctrina de los egipcios y en la de Pitágoras, se engañaron evidentemente. Pudieron, pues,

IV.

ahorrarse el trabajo de adivinar por qué modo pudo difundirse este conocimiento entre los paganos. pues es un hecho imaginario. Brucker, *Hist. crit. Philos.*, t. 1, p. 186, 292, 762, etc., piensa del mismo modo. Después de examinar bien el sistema de Platon, concluye que es una jergonza inintelligible y absurda; mas adelante veremos que no se equivocó.

2.^o Para saber lo que Platon quiso decir, estos dos críticos no quieren que se haga referencia á los comentarios de los platonícos de Alejandria. Es cierto que estos filósofos que vinieron despues del nacimiento del cristianismo, que eran sus enemigos declarados, y que procuraban sostener el paganism vacilante, hicieron todo lo posible para establecer alguna semejanza, al menos aparente, entre los dogmas de Platon y los del Evangelio, y que afectaron usar de las mismas expresiones que los doctores cristianos; su objeto fué persuadir que Jesucristo y sus apóstoles, que se suponían enviados por Dios para instruir á los hombres, no enseñaron nada mas que los antiguos filósofos; que sus lecciones no eran nuevas; que así la verdad era conocida en el paganism tan bien como en la religion cristiana; y que no era, pues, necesario renunciar al uno por abrazar la otra. Véase *Ecléticos*. Pero no estaban conformes entre sí, y su doctrina no era la de Platon; uno entiende la *Trinidad* de una manera, y otro de otra. Cudworth confiesa este hecho, c. 4, t. 1, p. 888. Tambien para hacer ortodoxa la *Trinidad platónica*, se adhiere principalmente á los comentarios de Plotino; mas Porfirio, Jambllico, Numenio, Amelio, Calcedio, etc., no seguían la misma opinion, y la de uno de estos filósofos no tenia mas autoridad que la otra. Mosheim hace ver que la *Trinidad* de Plotino no es la de Platon ni la de Pitágoras mucho menos la de los cristianos. *Ibid.*, p. 904, n. (f).

Para saber á qué atenderse en este punto, debe desde luego tenerse presente el extracto que dimos de la doctrina de Platon en la palabra *PLATONISMO*, § 1, y despues examinar si esta doctrina se parece en algo, á lo que el Evangelio nos enseña en lo relativo á la *santísima Trinidad*, por donde podremos juzgar, si los PP. de la Iglesia tomaron de él alguna cosa. Investigaremos en tercer lugar lo que dijeron de Platon y de su supuesta *Trinidad*, y si siguieron el ejemplo ó la doctrina de los nuevos platonícos.

§ 1.^o *Doctrina de Platon.* Además del extracto que hemos hecho de ella en la palabra

33

PLATONISMO. § 1.º y que hemos sacado del *Timeo*, con toda la fidelidad posible, se alega también la segunda carta de Platon á Dionisio: hé aquí lo que en ella leemos, p. 707, B. «Decis que no os he demostrado la primera naturaleza (ó el primer ser); debo pues hablaros de él por enigmas, para que si esta carta cae en manos de alguno nada de ella comprenda; hé aquí la verdad. Todas las cosas están al rededor del Rey de todo, y todo es para él, él es la causa de todo lo que es hermoso: las segundas están al rededor del segundo y las terceras al rededor del tercero. El entendimiento humano procura comprender la manera como sucede esto, considerando lo que le es conocido; pero nada le hasta para este objeto: nada hay semejante entre el rey y entre los de que os he hablado.»

Platon no obró mal llamando á esta alocución un enigma; pero entre sus intérpretes, unos adivinaron que por el rey entendió Dios; por el segundo el mundo; por el tercero el alma del mundo; no sabemos cuándo sucedió esto. Otros pretenden que el segundo es la idea ó el modelo arquetipo del mundo; es, dicen, el *Logos*, eterna producción del entendimiento divino; el tercero es el mundo, que Platon llamó el *Hijo único de Dios*, *υιός*, van tan bien fundados como los primeros.

No nos ocuparemos en refutar los absurdos ó inconsecuencias del sistema de Platon, pues ya lo hicimos en otra parte; procuraremos solamente averiguar cómo puede descubrirse en su doctrina una *Trinidad* que tenga alguna semejanza con la que creemos.

Vemos desde luego en su doctrina tres cosas eternas: Dios espíritu (*νους*) padre del mundo; la idea ó el modelo, arquetipo segun el cual Dios formó el mundo y que Platon llama *un ser animado y eterno*; la materia informe que, segun él, participa de una manera inexplicable de la naturaleza divina é inteligente. En segundo lugar, dos cosas que no son eternas, y si temporales, á saber: el alma del mundo, que Dios hizo antes del mundo, y que es, dice, una sustancia compuesta de espíritu y de materia; en fin, el mundo mismo. De cualquiera manera pues que se concibian estas cinco cosas jamás podrá sacarse de ellas una *Trinidad* que tenga analogía con el misterio que Jesucristo reveló.

La primera persona de esta *Trinidad platónica* es Dios sin duda; Platon la llama el *Padre del mundo*, jamás la llamó *Padre de Logos*, ni Padre de las ideas eternas ó del

modelo arquetipo del mundo, ni el Padre de la materia. Segun el Evangelio, al contrario, Dios es el Padre del Verbo eterno, por qué todas las cosas se hicieron.

2.º Entendemos por segunda persona la idea arquetipo del mundo? Platon dice que es *un ser eterno y animado*; pero aquí se dividen las opiniones. Muchos platónicos y Padres de la Iglesia pretenden que este filósofo concibió las ideas eternas de las cosas, como seres subsistentes y distintos del entendimiento divino. Moshem sostiene que es un miento divino. Moshem sostiene que es un miento divino que era incapaz un genio tan sublime como Platon; que estas ideas son seres puramente metafísicos ó intelectuales; y que las palabras de Platon son figuradas y metafóricas, *Syst. intellect. de Cudworth*, t. 4, § 36, p. 886, n. (0). Es cierto que por *Logos* este filósofo no parece haber entendido la idea arquetipo del mundo, y si la *razon*, la facultad de pensar, de discurrir, de comprender la diferencia de las cosas, y de expresar sus pensamientos por medio de la palabra: así es como lo explica en el *Phaedrus*, p. 141, E. En su estilo, *νους* es la misma sustancia del Espíritu: *νεψυχη*, son las facultades y operaciones de esta sustancia: la idea es su objeto ó lo que se ve por el espíritu. Tampoco dijo que las ideas sean hipótesis, sustancias, ni seres realmente distintos del entendimiento divino; es un desvario que le imputan los nuevos platónicos. No nombró al *Hijo de Dios*, ni el *Logos* ni la idea arquetipo del mundo, ni al mundo mismo; cuando llama á este *υιός*, esta palabra no significa *Hijo único* sino *única producción*. No es el *Logos*, sino el mundo á quien llama *ser animado, imagen del Dios inteligente, segundo Dios, Dios engendrado*.

S. Juan habla de un modo muy diferente del *Logos* ó del Verbo divino. «En el principio estaba en Dios y era Dios; por él se hicieron todas las cosas; es el principio de la vida y la luz de todos los hombres» de él dijo Juan Bautista testimonio. Vino entre los suyos, y no quisieron recibirle. Este Verbo se hizo carne, permaneció entre nosotros, y lo reconocimos como el Hijo único del Padre, y como el autor de la gracia y de la verdad.» Es necesario estar singularmente preocupado para encontrar en Platon esta doctrina y este lenguaje.

3.º Probablemente no se nos presentará por segunda persona de la *Trinidad platónica*, la materia informe que Platon parece confundir con la necesidad, aunque personifique á esta, y aunque diga que la materia participa de una manera inexplicable de la naturaleza

divina é inteligente. ¿Será este el mundo compuesto de cuerpo y alma? A pesar de los nombres pomposos que Platon le dió, reconoce que Dios lo formó en tiempo ó con el tiempo, y que de este modo la eternidad no le conviene en ningún sentido.

4.º Segun la mayor parte de los platónicos, la tercera persona es el alma del mundo. Pero Platon dice terminantemente que Dios no formó esta alma despues del cuerpo, sino antes; que, sea por su nacimiento ó por su fuerza, precedió al cuerpo; no añade que se formó desde toda la eternidad; al contrario, decide que la *Trinidad* no pertenece en manera alguna aun ser que fué formado. Segun él, tiene el medio entre la sustancia que es indivisible é inmutable, y la que se divide y cambia; de modo que participa de la naturaleza de una y de otra. Esta alma no nació, pues, de Dios por emanacion, como no se diga que simultáneamente salió de Dios y de la materia.

Cudworth lo supone, pues, cuando dice que las tres hipótesis ó personas de la *Trinidad platónica*, son eternas, creadas y no formadas, y que estas tres son un solo Dios; Moshem refutó sólidamente estas dos aserciones temerarias, cap. 4. § 36, pag. 886, n. (N.) pag. 888 y 90, n. (C.). Si Plotino compuso así la *Trinidad*, no es la de Platon, sino una imitación falsa y maliciosa de la *Trinidad* cristiana.

Para establecer una semejanza aparente entre el alma del mundo y el Espíritu Santo, se nos hace observar que los PP. de la Iglesia han considerado este Espíritu divino como el alma del mundo, y le han atribuido las mismas funciones que los platónicos suponían en aquella alma imaginaria. Pero es necesario notar que ninguno de los PP. anteriores al concilio de Nicea habló así; los posteriores á este concilio en el que se fijó la fe cristiana en lo relativo al misterio de la *Santisima Trinidad*, no se arriesgaban á atentar contra él con este lenguaje; querían corregir él de los platónicos y no conformarse con él. El saylo aprendieron en la Escritura Santa y no en otra parte, como lo veremos dentro de un momento en el § 2.

Si el caos de los absurdos que Platon reunió puede llamarse un sistema, basta confrontarlo con la doctrina cristiana concerniente á la *Trinidad*, para convencerse de que no hay semejanza alguna entre uno y otro, que los PP. de la Iglesia, instruidos de este misterio por la Escritura Santa, jamás pudieron imaginar adoptar algo de aquel filósofo oscuro, que buscaba la verdad con incertidumbre, y que carecía de la luz

necesaria para encontrarla. Su ejemplo debería rebajar el orgullo de los incrédulos que se glorian de conocer la naturaleza divina y el origen de las cosas, sin necesitar de la revelación.

Sin embargo, Platon se aprovechó de las meditaciones de Tales, de Anaxágoras, de Pitágoras, de Parrónides, de Timeo, de Lócreas, etc. No estaba satisfecho con sus hipótesis, y ensayó fundar otra, pero con una modestia y timidez que le honran. Comienza el *Timeo* reconociendo la necesidad de una asistencia divina para explicar el origen de las cosas, y la implora; advierte á sus oyentes que no deben esperar de él cosas ciertas, sino solamente conjeturas tan probables como las de los demás filósofos; este juicioso exordio hubiera debido hacer á los platónicos menos presuntuosos.

¿Qué otra cosa podía imaginar mejor que lo que dijo? desde que no admitió la creación, á ejemplo de los antiguos, se vió obligado á suponer la eternidad del mundo, ó de la materia, y una inteligencia eterna que la dispuso. Tuvo demasiado ingenio para persuadirse que esta disposicion se hizo por acaso ó por necesidad; juzgó por consiguiente que Dios era su autor. Pero no pudiendo concebir la operación de Dios de otro modo que la del hombre, imaginó que Dios, antes de obrar, trazó en su entendimiento el plan y el modelo de su obra, y que la ejecutó; que este modelo estuvo siempre presente en el entendimiento del autor, quien contenía idealmente todas las partes y toda la disposicion del universo. Este modelo eterno era por lo tanto animado y vivo, supuesto que el mundo era tal segun Platon; pero lo estaba en idea solamente y segun nuestra manera de concebir; jamás sin duda Platon soñó que una idea formada por el hombre en su entendimiento es un ser real ó una sustancia distinta del espíritu.

Este filósofo admirado del movimiento uniforme, regular, constante, que reina entre todas las partes del universo, comprendió que no podría conservarse sino estaba dirigido y sostenido por una ó muchas inteligencias; y por consiguiente imaginó una grande alma difundida en toda la masa, que Dios dividió despues en todas sus partes; como un puro espíritu no se divide, dijo Platon, fue esta alma se componía de la sustancia indivisible ó del espíritu, y de la que puede dividirse ó de la materia. ¿Dónde tomó Dios esta alma? ¿salió de él ó de la materia? Platon tuvo la prudencia de no decirlo; no dijo tampoco que es coeterna á Dios; y supone

que Dios reflexionó, deliberó y arregló su plan antes de obrar nada; sin embargo pintó á Dios obrando como un hombre; y no le atribuyó mas que un poder limitado, pues dice que Dios hizo su obra conforme al modelo, tanto cuanto le fué posible.

§ II. *Doctrina de los PP.* No era posible á un entendimiento pensador, una vez instruido de la doctrina cristiana, conciliar con su creencia ninguna de las hipótesis de Platon. La Escritura nos enseña que Dios es criador, que obra por su solo querer; *dijo y todo fué hecho*; este rayo de luz disipa todas las tinieblas, Dios no necesitó de meditacion, ni de deliberacion, ni de modelo; la creacion de la materia y la de los espíritus se hizo por una sola palabra. Segun el Evangelio, esta palabra omnipotente este Verbo, es un Ser subsistente, una persona coeterna y consustancial al Padre, *estaba en Dios y era Dios*. El Espíritu Santo es otra persona que no solamente anima y vivifica á toda la naturaleza, pero á la cual atribuye la Escritura todas las operaciones de la gracia. «Los cielos, dice el Salmista, se afirmaron por el Verbo de Dios, y la fuerza que los conserva es el espíritu ó el soplo de su boca.» Ps. 32, v. 6. «El espíritu del Señor, dice el sabio, llenó toda la tierra, y por que contiene todas las cosas, sabe hablar á los hombres.» Sap., 1. 7. En la palabra TRINIDAD citamos ya los demás textos de los Libros Santos que establecen la fe de este misterio. Tal es el lenguaje que repitieron los PP. de la Iglesia, y del cual jamás se separaron; y no es ciertamente el de Platon.

No se han atrevido á decir que los Padres olvidaron estas lecciones divinas para adherirse únicamente á la del filósofo griego; pero se ha dicho que imbuidos del platonismo antes de su conversion, no renunciaron á él haciéndose cristianos; y que á ejemplo de los platónicos de Alejandria, conciliaron cuanto pudieron la doctrina cristiana sobre la *Trinidad* con la de Platon, para disminuir la repugnancia que tenían los paganos á creer este misterio. Esta hipótesis contiene algunas cosas verdaderas y otras falsas, y es interesante distinguir las.

1.º Platon, autor principal de la *Trinidad Platónica*, no pudo inventarla hasta la mitad del siglo III; el año 243 proyectó ir á la Persia y á las Indias para acabar de instruirse. Los Padres apostólicos como tambien S. Justino, Taciano, Atenágoras, Hérmas, san Ireneo, san Teófilo de Antioquia, Orígenes, Tertuliano y otros de cuyas obras carecemos, escribieron antes de dicha época; no pudie-

ron tener ningun conocimiento de la doctrina de Platon. Aunque se suponga que Ammonio su maestro habia ya fabricado una *Trinidad Platónica*, hecho que no puede probarse, Clemente de Alejandria y Orígenes son tambien los dos únicos que pudieron conocerle; ninguno de los demás doctores de la Iglesia frecuentó aquella escuela ni pudo ser imbuido del nuevo platonismo.

2.º Se conviene en que el motivo que obligó á los platónicos de Alejandria á variar la doctrina de Platon, y aproximarla á la de los doctores cristianos, fué el celo y la adhesion al paganismo. Espantados de los progresos del Evangelio, emprendieron detenerlo haciendo ver que Jesucristo, los apóstoles y sus discípulos no enseñaron nada mas que Platon. Mas los principales predicadores del Evangelio, en todo el siglo II fueron los Padres mismos que acabamos de citar. La fe en la *Trinidad* estaba pues bien establecida antes de que los razonadores de Alejandria hubiesen intentado acomodar á ella las opiniones de Platon. Estos Padres convirtieron á los judíos y paganos con milagros y virtudes sin necesitar de filosofia, cuyo uso adoptaron solamente contra los que estaban obstinados en ella.

3.º Para lograr su proyecto, los nuevos platónicos adoptaron las expresiones de los escritores sagrados y de los doctores de la Iglesia; conocian pues que eran mas claras y correctas que la gorgonzola inteligible de Platon. No desfiguraron, pues, la *Trinidad cristiana* con groser platónicos, sino que corrigieron su pretendida *Trinidad* por el modelo de la primera. En efecto, con frecuencia suponian que Platon dijo cosas que jamás enseñó, á saber: que la idea arquetipo del mundo es una persona, que el *Logos* es el hijo de Dios, que salió de Dios por emanacion ó por generacion, que el alma del mundo es eterna, que es el espíritu de Dios, etc. Nada de todo esto se halla en Platon, pero era preciso todo esto para forjar una *Trinidad* capaz de hacerla creer á los ignorantes. Sería muy extraño que los Padres hubieran hecho lo contrario; que hubiesen querido explicar la *Trinidad cristiana* por medio de nociones platónicas, mientras que los platónicos paganos usurpaban el lenguaje de los cristianos para disipar las tinieblas del sistema de Platon. Pero los censores de los Padres preocupados hasta el mayor grado de ceguera, y de los enemigos mismos del cristianismo; con el pretexto de que los primeros lo cometieron con buena intencion.

Pero á quien creeremos para saber lo que los PP. pensaron de Platon y de su pretendida *Trinidad*? ¿A los criticos modernos que hacen profesion de despreciar á aquellos respetables personajes, ó á los mismos PP.? Nos parece que no debe dudarse en la eleccion.

§ III. *Opiniones de los PP. en cuanto á la doctrina de Platon.* En el artículo TRINIDAD hicimos ver que las palabras que los PP. usan al hablar de este misterio, son sacadas de la Escritura Santa, y no de otra parte; no debe olvidarse esto.

S. Justino, en su *Ehortacion á los Gentiles*, n. 3, 4, 5, 6, etc., se propone demostrar minuciosamente que todo lo que Platon dijo de cierto acerca de la naturaleza divina no era propio suyo, sino que lo sacó de la doctrina de Moisés espardida en Egipto, pero que *la entendió mal*, ó que no se atrevió á explicarse claramente, temiendo sufrir la misma suerte que Sócrates. Añade que muchas veces Platon se contradice, que no es constante en ninguna de sus opiniones, y que este filósofo no llamó á Dios *criador*, sino *fabricador* de los dioses, n. 27. Hace conocer la diferencia que hay entre estas dos cosas. Concluye que debe aprenderse la verdad de los profetas y no de los filósofos. En su primera *Apología*, n. 39 y 60, sostiene nuevamente que Platon sacó de los libros de Moisés lo que dijo en el *Timeo*, en lo concerniente á la formacion del mundo y al Verbo divino, como tambien lo que dijo en su segunda carta á Dionisio, con respecto á la *tercera persona* Espíritu Santo, ó que *no lo comprendió*, en lugar de que entre los cristianos, los mas ignorantes son capaces de instruir en esta materia á los demás. En su *Diálogo con Trifon*, n. 8, atestigua que despues de haber estudiado mucho á Platon, no encontró otra filosofia útil y segura mas que la de Jesucristo. Que S. Justino se engañe ó no, suponiendo que este filósofo tuvo conocimiento de la doctrina de Moisés, esto no interesa á la cuestion; si como dice, Platon no comprendió ó entendió mal lo que sacó de él, resulta siempre que S. Justino no trató de adoptar ninguna de sus nociones.

Taciano, en su *Discurso á los Griegos*, n. 3, expone la generacion del Verbo que crió todas las cosas; pero hace profesion de haber aprendido esta doctrina en las Escrituras, mas antiguas que todas las ciencias de los griegos, y demasiado divinas para ser comparadas á sus errores, n. 29.

Atenágoras, en su *Apología de los Cristianos*, n. 7, dice que los filósofos nada supieron mas que por conjeturas, porque no es Dios quien los instruyó, en lugar de que los cris-

tianos recibieron su doctrina de los profetas inspirados por Dios; n. 10, explica de una manera muy ortodoxa lo que creemos sobre la *Trinidad*. Aunque cita algunas verdades que Platon no hizo mas que entrever, particularmente lo que dijo en su segunda carta á Dionisio, demuestra la ridiculez de este filósofo, que queria, que en cuanto á los genios ó los dioses, debía siempre respetarse el testimonio de los antiguos, n. 23.

San Teófilo de Antioquia, l. 2, *ad Autolice*, n. 4, acrimina á Platon y á los platónicos por no haber admitido la creacion de la materia; n. 9, dice que los profetas inspirados por Dios son los únicos que concieron la verdad y que poseveron la sabiduria; n. 10, dice que los profetas son los que nos hicieron conocer á Dios y su Verbo que crió el mundo; n. 15, dice que los tres dios que precedieron á la creacion de los astros representaban la *Trinidad*, á Dios, su Verbo y su sabiduria; n. 33, que ninguno de los pretendidos sabios, poetas é historiadores, podrian haber nada sobre el origen de los cusos porque eran muy modernos.

Hormias en la sátira que compuso contra los filósofos, trata del mismo modo á Platon que á los demás, n. 5, y concluye, n. 10, que toda la filosofia no es mas que un caos de disputas, de errores y de contradicciones. San Ireneo, *adv. Her.*, l. 2, c. 14, n. 2 y 3, dice que los gnósticos adoptaron sus errores de todos los que no conocen á Dios y que son llamados filósofos, en particular de Platon, que admitió tres principios de las cosas: la materia, el modelo y Dios. Los refuta, no solamente con racionios filosóficos, sino tambien por medio de la Escritura Santa. Bullus, Le Nourry, Marsud, en su *tercera Disertacion* sobre las obras de este Padre, probaron que su doctrina en cuanto á la *Santísima Trinidad*, es muy ortodoxa, y en nada se parece á los errores de Platon.

Si se pudiese imputar el platonismo á algunos de los antiguos PP., sería sin duda á Clemente de Alejandria y á Orígenes, quienes habian oido las lecciones de Ammonio, jefe de los ecléticos, que preferia la doctrina de Platon á la de todos los demás filósofos. Sin querer negar este hecho, decimos que es muy extraño que Clemente no nombre jamás á Ammonio en sus obras, y no manifieste aprecio alguno á un maestro tan célebre. Tampoco parece verosímil que adoptó la alta idea que los ecléticos tenían del mérito de Platon. A la verdad, en su *pedagogogo*, l. 2, c. 1, dice que Platon buscando la verdad hizo brillar un rayo de la filosofia hebrea, y *Strom.*,

los textos de la Escritura Santa y los extractos de los PP. mas propios para confirmar la fe de la Iglesia en lo relativo á este misterio, y para poner á los ministros de la religion en estado de instruir sólidamente á los fieles sobre este artículo esencial del cristianismo.

A la verdad, esta institucion es reciente, pero no es menos respetable. Por el año 920 Esteban obispo de Lieja, hizo redactor un oficio de la *Trinidad* que se estableció poco á poco en muchas Iglesias; se rezaba su misa en las ferias en que no habia oficio propio; en algunos lugares se celebraba su fiesta. Alejandro II, que murió el año 1073, no quiso aprobarla; Alejandro III, al fin del siglo XII, declaró tambien que la Iglesia romana no la reconocia. Pothon, monje de Prom, combatió su uso; otros lo desaprobaban tambien en el siglo trece. Temia que esta fiesta hiciese olvidar la observacion que acabamos de hacer, á saber: que todas las solemnidades del año están consagradas en honor y culto de la *Santísima Trinidad*. Sin embargo, el concilio de Arles, celebrado en 1260, instituyó esta en su provincia. Se opina que Juan XXII la hizo adoptar en la Iglesia de Roma en el siglo XIV, y la fijó en el primer domingo despues de Pentecostés; pero esta costumbre no se siguió en todas partes, pues el año 1405 el cardenal Pedro de Ayilly solicitó tambien de Benedicto XIII, reconocido por entonces en Francia, su observancia, y Gerson dice que en su tiempo esta institucion era tambien enteramente nueva.

Es necesario notar que en el siglo X y siguientes, la Europa se infestó de muchas sectas y herejes, que propalaban errores concernientes al misterio de la *Santísima Trinidad*. Los maniqueos disfrazados con diferentes nombres no lo reconocian, ó le entendian muy mal; Roscelin, era triteista; Abelardo y Gilberto Porretano no fueron mas ortodoxos; y la mayor parte de las sectas fanáticas que abortaron en el siglo XIV, nada fijo tenían en sus opiniones. No es pues extraño que en aquellos tiempos aciagos, los obispos y otros santos personajes conociesen la necesidad de confirmar á los pueblos en la fe de la *Santísima Trinidad*; y como esta necesidad no se hizo igualmente conocer en todas partes, creyeron otros que sería peligroso establecer en ellos su fiesta; pero nunca se hizo mas necesaria que cuando nació el socinianismo. Vimos ya en otra parte que otra razones semejantes dieron lugar á la institucion de la fiesta del *Corpus Christi*. Véase á Baillet, *Hist. de las fiestas maravillosas*; á Tomasiño, *Treatado de las fiestas*, l. 2, c. 18. Los

grriegos celebran el oficio de la *Santísima Trinidad* el lunes siguiente á la fiesta de Pentecostés; se ignora en qué tiempo principió esta costumbre.

TRINIDAD. Nombre de una cofradia ó sociedad piadosa fundada en Roma por S. Felipe Neri el año de 1548, para cuidar de los peregrinos que van de todas las partes del mundo á visitar los sepulcros de S. Pedro y S. Pablo. Para este objeto hay un hospicio á casa en la cual se reciben y permanecen tres dias, no solamente los peregrinos, sino tambien los pobres convalecientes, que por sufrir muy pronto del hospital, podrian estar sujetos á una recaída.

Este establecimiento se puso al principio en la Iglesia de S. Salvador, *in campo*; no consistia mas que en quince personas, que todos los primeros domingos del mes se reunian en aquella Iglesia para practicar los ejercicios de piedad prescritos por S. Felipe Neri, y para oír sus exhortaciones. En 1558, Paulo IV cedió á aquella piadosa asociacion la Iglesia de S. Benito, y los cofrades la llamaron de la *Santísima Trinidad*. Transcurrido algun tiempo, se edificó al lado de aquella Iglesia un hospital muy vasto para hospedar en él á los peregrinos y convalecientes. La utilidad de este establecimiento le adquirió las mayores consideraciones; y la mayor parte de las nobles de Roma, de uno y otro sexo, se honran con ser miembros de dicha sociedad.

Como se necesitaba un número de eclesiásticos para servir este hospicio, para asistir á los que permanecen en él y administrarles los sacramentos, se instituyó en ella una congregacion de doce sacerdotes que viven en comunidad, como en un monasterio.

TRINIDAD CREADA. Se llamo así la Sagrada Familia compuesta de S. José, de la Santísima Virgen y del niño Jesus. En 1659, en la ciudad de la Rochela, cierto número de doncellas virtuosas se reunieron en una casa para consagrarse á la educacion de las niñas huérfanas. Muy luego desearon abrazar la vida regular y hacer votos. Se formaron para ellas reglas y constituciones, que se imprimieron en Paris, en 1684, con el título de *Reglas de las Doncellas de la Trinidad creada*, llamadas religiosas de la congregacion de S. José. No se conoce otra casa de esta Orden; pero en muchas ciudades del reino hay congregaciones de vírgenes, establecidas con otros títulos, para dedicarse á esta piadosa obra. V. HUERFANO.

TRINITARIOS. Palabra que recibió diferentes significaciones arbitrarias. Muchas

veces ha servido para designar todas las sectas heréticas que enseñaron todos los errores concernientes al misterio de la Santísima Trinidad, en particular los socinianos; pero es mucho mejor llamarlos *unitarios*; pero se hace aun hoy. Estos herejes son los que acosan á los católicos y á los protestantes que reconocen un solo Dios en tres personas, y que profesan el simbolo de san Atanasio. V. SOCINIANOS.

TRINITARIOS. Orden religioso instituida en honor de la Santísima Trinidad, para la redencion de los cristianos cautivos entre los infieles. En Francia se llaman *maturinos*, porque la primera Iglesia que tuvieron en Paris, y se les concedió por el cabildo de la catedral, estaba bajo la invocacion de san Maturino. Visten de blanco y llevan sobre el pecho una cruz la mitad roja y la mitad azul. Al profesar ofrecen trabajar en el rescate de los cristianos reducidos á esclavitud en las republicas de Tunes, Trípoli y Argel, y en los reinos de Fez y Marruecos, é invierten en esta piadosa obra la tercera parte de las rentas de sus conventos y las limosnas que pueden recolectar en las diferentes provincias. Tienen una regla particular, aunque muchos autores han creído que seguian la de S. Agustín.

Esta Orden nació en Francia el año 1498 en el pontificado de Inocencio III, y sus fundadores fueron san Juan de Mata y san Felix de Valois. El primero nació en Faucon en la Provenza; el segundo probablemente era originario de la pequeña provincia de Valois en la Bria, y no de la familia real de Valois que comenzó un siglo despues. Gauthier de Chailillon les concedió en sus tierras un lugar llamado *Cer-froid*, en la Bria, diócesis de Meaux, para fundar en él un convento que llegó á ser el principal de toda la Orden. Este nombre parece ser una corrupcion de las dos palabras celtas, *sarta freta, terreno desmontado*. Véase el *Diccionario de Duange*. Honorio III confirmó su regla muy austera al principio: los religiosos no debian comer carne ni pescado, exceptuando los dias de fiestas solemnes; se alimentaban con huevos, lacticiños, legumbres condimentadas con aceite, y les estaba prohibido caminar á caballo. Pero en 1267 Clemente IV conoció que era moralmente imposible á religiosos obligados á caminar y vivir con frecuencia entre infieles, observar un régimen tan austero, y les concedió una dispensa, permitiéndoles servirse de un caballo, y comer carne y pescado.

Los *Trinitarios* poseían cerca de doscientas cincuenta casas distribuidas en tres provincias, seis en Francia, tres en España, tres en Italia, y una en Portugal. En otro tiempo tuvieron además cuarenta y tres casas en Inglaterra, nueve en Escocia, y cincuenta y dos en Irlanda. La pretendida reforma destruyendo tales establecimientos inspirados por la caridad, hizo cesar en estos reinos la piadosa obra á que estaban consagrados. Igual desgraciada suerte ha cabido á los institutos religiosos de España.

En 1573 y en 1576, en los dos capítulos generales celebrados por entonces, se vió un número de religiosos muy fervorosos que desearon restituir la observancia de la regla á todo su primitivo rigor, como ya lo habian conseguido mucho en Portugal el año 1454. Se les dejó en libertad y se les señalaron casas donde pudieran llevar á cabo su proyecto; Gregorio XIII y Paulo V aprobaron aquella reforma.

El hermano Gerónimo Allies, religioso franciscano, la estableció en el convento de Roma, y tres años despues en el de Aix de la Provenza. Añadió á las antiguas austeridades la desnudez de los pies, de donde se llamaron *trinitarios descalzos*.

Esta nueva institucion se introdujo en España el año 1594, por el beato Juan Bautista de la Concepcion, muerto con fama de santidad el año 1613, y se señalaron en cada provincia dos ó tres casas para los que quisiesen sujetarse á ella, dejándoles sin embargo la libertad de volver á su antiguo convento cuando les pareciera bien. Poco á poco aquella reforma progresó en Italia, en Alemania y en Polonia. En 1670 los reformados tuvieron suficientes casas en Francia para formar una su primera capitula general.

En 1635 Urbano VIII comisionó por un breve, al cardenal de la Rochefoucauld, para establecer mas regularidad en las casas de los *trinitarios*, en que habia relajacion. Por consiguiente aquel cardenal publicó un decreto por el cual mandó á los religiosos que observasen la regla primitiva, en el estado en que se hallaba en la vida de Clemente IV; lo cual se ejecutó en la mayor parte de los conventos, y en particular en Cer-froid, convento principal de la Orden. Los que se conforman con esta reforma, no usan lienzo, rezan matines á media noche, no comen carne mas que los domingos, etc.

No deben confundirse con los *trinitarios*, los Padres de la Merced ó de la Redencion de cautivos, instituidos con el mismo objeto en

Barcelona el año 1223, por san Pedro Nolasco, caballero francés; hablamos ya de esta institución en la palabra *Merced*.

Un célebre incrédulo de nuestro siglo no pudo menos de elogiar esta institución. Después de hablar de muchas congregaciones consagradas al servicio del prójimo: «Otra hay, dice, aun mas heroica, porque este nombre conviene á los *trinitarios* de la orden de cautivos, establecidos hacia el año 1420, por un caballero llamado Juan de Mata. Estos religiosos se dedican hace cinco siglos á romper las cadenas de los cristianos entre los moros. Invierten en el rescate de los esclavos, sus rentas y las limosnas que recojen, y que ellos mismos llevan al Africa.» *Ensayos sobre la Hist. gen.*, c. 435.

TRINITARIAS (RELIGIOSAS). S. Juan de Mata estableció al principio en España una congregación de hijas de la santísima Trinidad, que no eran mas que ofrecidas, y no hacían votos; en 1201 la infanta Constanza hija de Pedro II rey de Aragón, mandó construir un monasterio, las inclinó con su ejemplo, á hacer en el profesion religiosa, y fué su primera superiora. Por el año 1612, Francisca Romero, hija de un teniente general de los ejércitos de España, queriendo consagrarse á Dios, reunió compañeras, se pusieron bajo la dirección del beato P. Juan Bautista de la Concepción, que fundó los *Trinitarios descalzos*, tomaron el hábito y abrazaron el instituto de esta Orden. Los religiosos no queriendo tomar la dirección de aquellas vírgenes, se dirigieron al arzobispo de Toledo, que les permitió vivir según la regla que habían elegido. No consta á qué piadosa obra particular se dedicaban.

Finalmente hay tambien una tercera Orden de *Trinitarios*. Véase TERCERA ORDEN.

Trisacramentarios. Entre los protestantes hubo algunos sectarios llamados así porque admitían tres sacramentos, el bautismo, la cena ó la eucaristía, y la absolución, al paso que los demás reconocían solamente los dos primeros. Algunos autores han creído que los anglicanos consideran tambien la ordenación como un sacramento, y otros pensaron que era la confirmación; pero estos dos hechos se contradicen por la confesión de fe anglicana, artículo 25. Véase ANGLICANO.

Trisagio. Palabra griega, compuesta de *tris* tres veces y de *agos* santo; es una fórmula de alabanza dirigida á Dios. *Isaie*, vi, 3: «Santo, santo, santo, señor Dios de los ejércitos, toda la tierra está llena de tu gloria.» Se repite en el *Apocalipsis*, vi, 8, donde ve-

mos la liturgia cristiana representada bajo la imagen de la gloria eterna. Tambien la Iglesia la conservó en el santo sacrificio de la misa, y la colocó á continuación del prefacio, inmediatamente antes del cántico; no puede dudarse que proviene de los apóstoles. Las palabras que siguen: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor, salud y gloria lo vienen del cielo:» son sacadas del Evangelio, *Mat.*, xx, 9. En las *constituciones apostólicas*, se sustituyen dichas palabras por estas: «Que sea bendito en todos los siglos. Amen.» San Juan Crisóstomo las repitió algunas veces en esta última forma. San Cirilo de Jerusalem, después de citar las palabras de Isaías, añade, *Catech.*, 5: «Repetimos esta teología sagrada que cantan los serafines, y que hemos recibido por tradición para comunicarnos con la sublime milicia del cielo, por medio de esta salmodia celestial.» S. Ambrosio dice que se canta el *trisagio* en Oriente y Occidente para honrar la unidad y Trinidad de Dios: l. 3, de *Spir. Sancto*, c. 42.

Posteriormente se adoptó otra fórmula concebida en estos términos: *Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, libranos, Señor, de todo mal.* La Iglesia lo canta una vez al año, en el viernes santo, antes de la adoración de la cruz, repitiéndola tres veces en griego y en latin; pero en la Iglesia griega se usa diariamente. S. Juan Damasceno, Cotredmus, Balsamon, el papa Felix III, Niceforo y otros, dicen que se introdujo por S. Proclo, patriarca de Constantinopla, el año 446, en el reinado de Teodosio el Joven, con motivo de un horrible terremoto que se sintió en aquella época. Añade que el pueblo cantaba este nuevo *trisagio* con el mayor fervor, por atribuir tal calamidad á las blasfemias que los herejes de aquella ciudad vomitaban contra el Hijo de Dios, y que incontinentemente cesó aquella plaga. El concilio calcedonense celebrado el año 451, la adoptó. San Juan Damasceno dice que los ortodoxos se servían de ella para expresar su fe en lo relativo á la Trinidad; que *santo Dios* designaba al Padre, *santo fuerte* al Hijo, y *santo inmortal* al Espíritu Santo.

Por el año 481, Pedro Gnapheo ó el Foulon, monje usurpador de la silla de Antioquia, enemigo declarado del concilio de Calcedonia, y protegido por el emperador Zenon, mandó añadir al *trisagio* estas palabras: *Que fuiste crucificado por nosotros*, para denotar que toda la Trinidad padeció en Jesucristo, y establecer de este modo la herejía de los *teopasquitas* ó *patripasianos*. Véase esta pala-

bra... Era una consecuencia de la de Eutiquio, que sostenía que no había en Jesucristo mas que una naturaleza, y que su divinidad absorbió su humanidad: error al que Pedro el Foulon estaba adherido tenazmente. Por consiguiente el papa Felix III y los ortodoxos rechazaron esta adición, y para corregir su sentido, unos opinaron que debía decirse: «Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal: Jesucristo nuestro rey que padecisteis por nosotros, compadecednos de nosotros» otros opinaron que se debía conservar la antigua fórmula, añadiendo á ella solamente: *Santísima Trinidad*, compadecednos de nosotros. Todas estas variaciones causaron turbulencias de las que los protestantes se valieron para imputarlas á los católicos, como si estos hubiesen sido obligados á abjurar su creencia para impedir á los herejes fogosos que excitasen sediciones. V. á Mosheim, *Hist. ecles.*, siglo V, parte 2ª, c. 5, § 49.

Finalmente, á pesar de todos los esfuerzos de Pedro el Foulon y sus secuaces, el *trisagio* de S. Proclo quedó íntegro, y así permanece aun en las *liturgias latina, griega, etiópica, copta, siríaca, mozarábrica*, etc. Véase Bingham, *Orig. ecles.*, l. 6, l. 44, c. 2, § 3. *Notas del P. Menard, sobre el Sacram. de san Greg.*, p. 40. De aquí resulta que la Iglesia ha querido siempre que sus oraciones públicas fuesen la expresión de su fe.

Triteísmo. Es la herejía de los que enseñaron que no solamente hay tres personas en Dios, sino tambien tres ciencias, tres sustancias divinas, y por consiguiente, tres dioses.

Desde que los razonadores quisieron explicar el misterio de la Santísima Trinidad, sin consultar la tradición y doctrina de la Iglesia, casi siempre cometieron uno de estos dos excesos; unos porque no pareciese que suponían tres dioses, cayeron en el sabellanismo, sosteniendo que no hay en Dios mas que una persona á saber, el Padre; que las otras dos no son mas que dos denominaciones, ó dos diferentes aspectos de la divinidad. Otros para evitar este error, hablaron de las tres personas, como si fuesen tres esencias, tres sustancias ó tres naturalezas distintas, y de este modo llegaron á ser *triteístas*.

Lo que hay en esto de singular es que esta herejía nació entre los enfiuquianos ó monofisitas que no admitían mas que una sola naturaleza en Jesucristo. Se pretende que su principal autor fué Juan Acusnago, filósofo sirio, y que tuvo por principales sectarios á Conon, obispo de Tarso, y á Juan Filopono, gramático de Alejandria. Como estos dos últimos se dividieron sobre otros puntos de doc-

trina, se distinguieron los *triteístas* cononitas, de los *filoponistas*. Por otra parte, Damian, obispo de Alejandria distinguió la esencia divina de las tres personas, y negó que cada una de ellas considerada en particular y abstractivamente de las otras dos, fuese Dios. Confesaba sin embargo que había entre ellas una naturaleza divina ó una divinidad comun, por cuya participación cada persona era Dios. Nada se concibe en esta jerigonza, sino que Damian concebía la Divinidad como un todo del que cada persona no era mas que una parte. Tuvo no obstante secuaces que se llamaron *damanistas*.

Los arrianos que negaban la divinidad del Verbo, y los macedonios que no reconocían la del Espíritu Santo, no dejaron de acusar de *triteísmo* á los católicos que sostenían una y otra. Hoy los unitarios socinianos nos hacen injustamente tambien la misma acusación, porque sostienen la identidad numérica de naturaleza ó de esencia en las tres personas divinas.

En una disputa que hubo en Inglaterra sobre esta materia, entre el doctor Sherlock y el doctor South, se pretendió que este cayó en el sabellanismo, sosteniendo muy rigurosamente la unidad de la naturaleza divina y que el primero cayó en el *triteísmo*, explicando la trinidad de personas de una manera demasiado absoluta. Lo unico que debe observarse para guardar un justo medio y evitar todo error, al hablar de este misterio incomprendible, es atenerse escrupulosamente al lenguaje y expresiones aprobadas por la Iglesia. Véase TRINIDAD.

Trompetas (fiesta de las). Solemnidad de los hebreos que se celebraba el primer día de la luna del mes *tiari* ó de setiembre, por el cual comenzaba su año civil, en lugar de que el religioso comenzaba en la luna nueva de *nisan* ó de marzo. Debe notarse que los hebreos celebraban casi todas sus fiestas en el intervalo transcurrido desde el equinoccio de la primera hasta el del otoño: prueba muy convincente de que tenían relacion con los trabajos de la agricultura, como tambien con los acontecimientos particulares que dieron lugar á ellas. Véase FIESTAS JUDÍAS.

La de las *Trompetas* les estaba mandada, *Levit.* xxii, 34, y *Num.*, xxix, 4. «El primer día del sétimo mes, les dice Moisés será para vosotros un día santo y venerable; os abstendréis de todo trabajo servil, y será distinguido por el sonido de las *trompetas*.» Además de los sacrificios que se le ofrecían en aquella neomenia ó luna nueva, había otros